

En el constante afán maniqueísta de analizar y jerarquizar la salud democrática de la que gozan los Estados sin tener en cuenta sus males endémicos “México es el último caso”, la ola de violencia que en los últimos años sufre Somalia fue utilizada como la perfecta excusa para tachar al país africano de “Estado fallido”.

En el constante afán maniqueísta de analizar y jerarquizar la salud democrática de la que gozan los Estados sin tener en cuenta sus males endémicos “México es el último caso”, la ola de violencia que en los últimos años sufre Somalia fue utilizada como la perfecta excusa para tachar al país africano de “Estado fallido”.

Pero con dos regiones autónomas “de facto” “Somaliland y Puntland” y sin un Gobierno estable desde 1991, hablar de “Estado fallido” y no de Estado irreal o inexistente se presenta como un análisis sumamente atrevido.

Clasificado como el país más corrupto del mundo, según el “Índice de Percepción de la Corrupción” que realiza la organización Transparencia Internacional y que clasifica a los países en función del grado de corrupción que perciben los empresarios, académicos y analistas de los estados evaluados, dos elementos se presentan como factores determinantes para que esta situación se haya acrecentado en los últimos meses en Somalia.

Poder viciado y pobreza extrema

Por un lado, asegura el diario español ABC, la inexistencia de una identidad política estable es un factor. Desde el derrocamiento de Siad Barre en 1991, ningún Gobierno ha contado con el apoyo de la comunidad internacional, ni tan siquiera de su propia población.

Con decenas de clanes y subclanes como clásicas formas de poder locales, la región no cuenta con una identidad propia que le permita depositar sus esperanzas en alguna de las figuras públicas que en los últimos años dejaron su eterno papel de señores de la guerra para disfrazarse de clase política dirigente.

La región, por medio de la Unión de Tribunales Islámicos (UTI), lo intentó hasta su salida del poder en 2007. Pero la “sharia” o ley islámica era un enemigo demasiado peligroso para que las potencias regionales y la Administración Bush permitieran su desarrollo. Desde ese momento, tanto el ex presidente Abdullahi Yusuf, como el actual mandatario, Sharif Cheij Ahmed, se mostraron en ambos casos ineficaces para crear otra vía de unificación que estableciera el país. Étnica o no, al menos la región lo era.

El otro factor que hunde a este país africano está dado por la ola de pobreza y violencia enraizada que en los últimos años se cierne sobre el país permite la fácil creación de un vínculo entre corrupción y autoridades políticas locales.

Con un territorio prácticamente controlado por las milicias islamistas de Al Shabab “una escisión de la antigua UTI”, ya nadie confía en un Gobierno refugiado en su castillo de naipes de la sureña ciudad de Baidoa.

Desde 2007, más de 16 mil personas murieron en un conflicto con escasas expectativas de verse resuelto. Pero su clasificación como el “Estado más corrupto del mundo” resulta si cabe aún más cómica. Corrupto, por supuesto. Estado, demás es tiempo.

EDUARDO S. MOLANO

Nairobi